

tenía los despojos de millones de individuos, cementerio que Felipe Augusto había pensado ya en rodear de murallas, debiese desprender olores fétidos.

En 1780, es decir, después de doscientos ó trescientos años de reclamaciones (porque ya en 1554 médicos de la facultad habían reclamado la supresión), en 1780 se pensó en atender á esta reclamación secular, considerando *que excediendo el número de los cuerpos á toda medida, y no pudiendo calcularse, había levantado el suelo más de ocho pies por encima de las calles y de las habitaciones.*

La cantidad de cuerpos depositados anualmente era tan espantosa, que el último sepulturero, Francisco Poutrain, había depositado por sí solo más de noventa mil.

Enternecieron durante cinco años aún las desgracias que ocasionaba aquella podredumbre, y el 9 de Noviembre de 1785, el consejo de Estado pronunció la supresión del cementerio de los Inocentes.

Las antiguas canteras situadas bajo la llanura de Montsouris en el lugar de la Tombe-Issoire, ó Isouard, así llamada del nombre de un famoso ladrón que reinaba en los alrededores, parecieron, por su proximidad á la ciudad, su extensión, silencio misterioso, un lugar propio para el establecimiento de un cementerio subterráneo.

Esta operación tuvo lugar en tres épocas distintas: desde el mes de Diciembre de 1785 al mes de Mayo de 1786, del mes de Diciembre de 1786 al mes de Febrero de 1787, del mes de Agosto de 1787 al de Enero de 1788.

Á una medida de salubridad se debe, pues, el establecimiento de esta maravillosa ciudad subterránea, que se llama las Catacumbas, elevada á la memoria de los antepasados.

Memoria majorum.

Al salir de allí, mi compañera y yo bendecíamos al sol, como los indios.

Yo miraba el rostro de aquella hermosa joven, y me parecía imposible que no se descubriese emoción alguna al salir de aquel interior de las tumbas.

Nada, absolutamente nada; la frente tenía todo su esplendor, la mirada toda su serenidad, sólo la boca expresaba algo.

Cierto pliegue, que no tenía habitualmente, una contracción del labio inferior, descubría claramente este pensamiento.

— ¡ Puf ! qué feísimo es lo que hemos visto ahí, no comprendo cómo los enamorados hayan elegido semejante altar para su sacrificio.

Tal es la relación de Paul Bocage, relación fiel: pondría mi mano en el fuego, teniendo Paul Bocage ojos para ver y oídos para oír.

CAPÍTULO XI.

DONDE MR. JACKAL COMIENZA Á COMPRENDER QUE ES ÉL QUIEN SE EQUIVOCA, Y QUE EL EMPERADOR NO HA MUERTO.

El aspecto de esos lugares, de los que estamos seguros que acabamos de hacer una descripción exacta á nuestros lectores, no había dejado de hacer experimentar á Mr. Jackal cierta sensación nerviosa, que no había podido dominar.

Mr. Jackal era valiente, ya lo hemos dicho, y en más de una circunstancia ha podido ya el lector apreciar su bravura; pero hay ciertas condiciones de localidades, de tinieblas, de atmósfera, que hacen que sienta un estremecimiento el corazón de los más animosos.

El corazón de Mr. Jackal sintió el estremecimiento; pero era un hombre que, en el ejercicio de su profesión, empleaba ese amor propio de ejecución y de triunfo, que hace de un oficio un arte.

Además, Mr. Jackal era curioso. Quería absolutamente saber quiénes eran aquellos hombres que se reunían á cien pies bajo tierra para gritar: ¡Viva el emperador!

Sin embargo, como Mr. Jackal no llevaba el valor hasta la temeridad, acabó de tomar todas las precauciones necesarias para su seguridad; ganó una hondonada, que le pareció le ofrecería un abrigo más seguro aún que la sombra de aquel pilar, detrás del cual se había agazapado al principio: á todo evento, hizo jugar en su vaina el puñal que siempre llevaba consigo, y viendo en el gesto del orador que iba á hablar y en los gestos de los espectadores que iban á escuchar, abrió sus oídos y sus ojos cuando pudo.

Dejáronse oír repetidas voces reclamando silencio, y el orador comenzó con una voz grave y sonora, que hizo que Mr. Jackal comprendiese desde las primeras palabras, que no perdería una de su discurso.

« Hermanos, dijo, vengo á daros cuenta de mi viaje á Viena. »

— ¡A Viena! murmuró Mr. Jackal; ¿á Viena en Austria ó en el Delfinado?

« He llegado la noche última, continuó el orador, y

para comunicaros una noticia de la más alta importancia, os he hecho convocar para esta noche por el ministerio de nuestro jefe, á una reunión extraordinaria. »

— Una reunión extraordinaria, dijo Mr. Jackal. En efecto, la reunión que tengo delante de los ojos, no se parece á ninguna de las que he visto hasta ahora.

« Hace dos meses que han llegado á Viena dos hombres, cuyos nombres, con sólo pronunciarlos, bastan para despertar en vosotros recuerdos de gloria y de abnegación: estos dos hombres son: el señor general Le Bastard de Premont y Mr. Sarranti. »

— Veamos, poco á poco, dijo Mr. Jackal, me parece que también yo conozco esos nombres. Sarranti, Le Bastard de Premont. ¡Ah! sí, Sarranti. Ha vuelto de las Indias. Si el honrado Mr. Gerard no ha muerto, va á tener el gusto de saber del asesino de sus sobrinos. Escuchemos, escuchemos. ¡Diablo! Esto se va haciendo interesante.

Y á riesgo de descubrirse con el ruido de la aspiración, Mr. Jackal introdujo en la nariz un enorme polvo.

El orador continuaba. Pero á pesar de hallarse entregado á su voluptuosa ocupación, Mr. Jackal no perdía una palabra de lo que decía.

« Los dos han atravesado los mares para venir á ayudarnos en nuestros proyectos. El general Le Bastard de Premont pone á disposición de la causa toda su fortuna es decir, millones, y Mr. Sarranti tiene toda la confianza del rey de Roma, está encargado por él de organizar su fuga. »

Esparcióse en la asamblea un murmullo de alegría.

— ¡ Diablo ! ¡ diablo ! dijo Mr. Jackal, escuchemos.

« Ved aquí lo que se ha decretado, y lo que estoy encargado de poner en conocimiento de la venta suprema (1). »

— ¡ Ah ! dijo Mr. Jackal que no podía menos de lucir el talento á su manera, aunque no fuese más que para sí solo ; ahora me explico por qué está tan negro. Estamos en plena carbonería. Creía esta mina inutilizada desde el asunto de La Rochela. Sigamos el filón.

« Nuestro proyecto, continuó el orador, es robar el príncipe, conducirlo á París, combinar su llegada con un motín, lanzar de repente por las plazas y las encrucijadas su nombre, tan poderosamente popular, y con ayuda de este nombre, sublevar todos los corazones que han permanecido fieles á la antigua gloria francesa. »

— ¡ Uf ! dijo Mr. Jackal, no eran, pues, esas gentes tan locas como yo creía cuando gritaban : ¡ Viva el emperador !

« Bien sabéis que el príncipe vive en el castillo de Schoenbrunn, donde está expuesto á toda clase de vejaciones por parte de la policía austriaca. »

Dejóse oír en el grupo bonapartista un murmullo de indignación.

— ¡ Bueno ! dijo Mr. Jackal, ahora injurian á la policía de Mr. de Metternich. ¡ Pero estas gentes nada respetan !

« Habita la parte derecha del castillo llamada el ala de

(1) Los carbonarios llaman ventas á lo que los masones logias, y los comuneros torres. (N. del T.)

Meidling. Toda aproximación nocturna al castillo está prohibida expresamente, é impedida además ; debajo de las ventanas del duque hay un centinela, no para hacer honor al hijo de Napoleón, sino para guardar al prisionero de Austria. »

Elevóse del grupo de los sesenta conspiradores algo como un rugido de cólera.

« Por este lado era, pues, imposible llegar hasta él. Vosotros, hermanos míos, conocéis todas nuestras tentativas, infructuosas hasta hoy. Ha sido, pues, preciso en cierto modo, que la sombra de nuestro gran emperador se cerniese por encima de aquella prisión, para abrirnos las puertas del calabozo de su hijo. »

Dejáronse oír estrepitosos gritos de aprobación.

— Escuchadme, repuso el orador.

— ¡ Chist ! silencio, dijeron de todos lados.

« Provisto de un plano concebido y trazado por el mismo emperador, pudo Mr. Sarranti penetrar hasta el heredero del hombre grande.

» En verdad, después de haber buscado, durante cerca de un mes, todos los medios de fuga, se ha convenido en éste.

» El duque tiene permiso para pasear todos los días á caballo durante algunas horas, le ha sucedido una ó dos veces no volver hasta la noche, y ha decidido, con Mr. Sarranti, que saldría una tarde para dar su paseo ordinario, y que en vez de volver, iría á reunirse con Mr. Le Bastard de Premont, que le aguardaría con carruajes, caballos y veinte hombres bien armados, al pie del monte Verde.

» Los tiros estarán preparados en todo el camino por el

enviado de Rundjet-Sing, y el oro dará alas á los caballos.

» El día de la fuga está sometido á la voluntad de la venta suprema. Mr. Le Bastard de Premont recibirá el aviso, y lo pasará al duque; la víspera del día de la fuga partirá Mr. Sarranti, á fin de llegar á París veinticuatro horas antes que el príncipe.

» La presencia de Mr. Sarranti será, pues, la señal de un levantamiento en París y en las principales ciudades de Francia, tanto del pueblo como del ejército.

» Hé aquí de qué modo debe transmitirse la señal al príncipe. »

— ¡ Oh ! ¡ oh ! murmuró Mr. Jackal tan preocupado, que ni siquiera pensaba ya en sacar su caja de tabaco del bolsillo; esto se va haciendo cada vez más interesante.

— Escuchad, escuchad, dijeron los conspiradores.

El orador continuó :

» Entre la puerta enrejada de Meidling y el monte Verde hay una quinta que tiene inscrita en su frontón una palabra griega, la palabra *καίρις*. Se ha convenido, que el día en que falte la última letra de esta palabra, será el día de la fuga.

» Después de la primera parada no hay por qué inquietarse; se han establecido paradas en toda la vía, desde Baumgarten hasta la frontera.

» No tenemos, pues, ninguna inquietud por este lado. Sólo tenemos que tomar un partido lo más pronto posible.

» Unos meses más, y el real niño habrá perdido tal vez las fuerzas necesarias para cumplir este proyecto. Aunque goza al presente de una salud excelente, lleva sobre su ente las huellas del martirio que sufre hace tantos años. »

Los conspiradores pareció que redoblaban la atención; en cuanto á Mr. Jackal, no respiraba.

« En una de las encrucijadas de estos subterráneos, continuó, está reunida una venta central. Os suplico, que sin levantar la sesión, mandéis un diputado á que la instruya de nuestros proyectos. Un día, una hora, un minuto de retraso puede hacerlo abortar todo; antes de ocho días, según toda probabilidad, estará aquí Mr. Sarranti. Tomad pues una decisión rápida; el porvenir de la Francia, el del mundo, depende de vuestra decisión, puesto que cada uno de nosotros representa una venta, y cada venta representa millares de hombres. »

Todos los miembros de la asamblea se apresuraron y se estrecharon en derredor del orador, como oficiales que se adelantan á recibir la orden.

— ¡ Diablos ! ¡ diablos ! dijo Mr. Jackal; pero estas Catacumbas son una mina de carbón; confieso que desearía oír lo que va á perorarse en la venta central; pero ¿ cómo hacer ? Mr. Jackal dirigió una mirada en derredor de sí. El país es vasto, si no ventilado. Á fe mía que han elegido un lindo paraje, muy tranquilo y muy retirado; ¡ y yo que los tomaba por locos ! ¡ Ah ! vuelven á sentarse, me parece que han tomado un partido.

Y Mr. Jackal prestó una atención tan profunda, que pareció tan inmóvil como el pilar de granito en el que estaba apoyado.

El que había hablado el primero, aquel á quien Mr. Jackal no había oído, y que sentado sobre una piedra elevada parecía el presidente del grupo que la casualidad había colocado delante de la vista del inspector de policía; aquel sólo permaneció en pie, y haciendo señal al orador, que se

había vuelto á sentar con los otros, de que se acercase á él, le dijo á media voz algunas palabras, que Mr. Jackal no pudo oír, con gran disgusto suyo.

Pero el movimiento que se efectuó al instante en la asamblea, le hizo comprender el sentido de las palabras.

En efecto, el orador, después de haber dado gracias á la asamblea con una señal de cabeza, lo que probaba que acababa de concedérsele algo importante, cogió una antorcha, y se dirigió hacia una especie de gruta, donde desapareció al cabo de algunos instantes, en medio de la desesperación creciente de Mr. Jackal.

Esta marcha, sin embargo, era bien fácil de explicar, y M. Jackal conocía demasiado bien el carbonarismo para no comprender que el orador acababa de ser nombrado diputado, y en calidad de tal iba delegado ante la venta central.

Pero como nuestros lectores tal vez no están tan bien informados como Mr. Jackal, nos permitirán decirles en pocas palabras, cuál era la organización del carbonarismo.

FIN DEL LIBRO UNDÉCIMO.

LIBRO DUODÉCIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL CARBONARISMO.

Los republicanos del reino de Nápoles, bajo el reinado de Murat, animados de un odio igual contra los franceses y contra Fernando, se habían refugiado en las profundas gargantas de los Abruzzos, y habían formado una alianza bajo el nombre de carbonarios.

En 1819, el carbonarismo italiano tomó grande desarrollo por las afiliaciones con los patriotas de Francia.

Este incremento llamó la atención y las sospechas del gobierno de la Restauración.

Un hecho, sobre todo, le admiró.

El carbonario Querini fué perseguido criminalmente por las autoridades de la corte, por tentativa de homicidio. En la causa se descubrió, que no había hecho más que ejecutar un juicio de HALTA VENDITA, hiriendo á un carbonario acusado de haber revelado el secreto de la asociación.